

El 18 de marzo de 1940, el Teatro del Pueblo, al que Arlt entregó toda su producción teatral (salvo *El fabricante de fantasmas*, que en 1936 estrenó, con un gran fracaso, la compañía comercial de Milagros de la Vega y Carlos Perelli) había puesto en escena *La fiesta del hierro*. Arlt dividió los derechos de autor cobrados por esa obra en dos partes, la mitad fue para la hija de Arlt, Mirta y la mitad para Elizabeth. Con los quinientos pesos que le dio Roberto (agregando cien de su bolsillo) Elizabeth compró un anillo de brillantes que sirvió como alianza de bodas ya que él «no usaba cintillo porque sus ideas eran las de un comunista sin ser un militante»¹⁰. Arlt también mantenía a su anciana madre Catalina Lopztraibizer, que vivía en Cosquín. Lila, la única hermana de Arlt, con la que éste tuvo una relación estrecha, había muerto en 1937. «El sueldo de *El Mundo* –relata Raúl Larra– no resuelve todos sus compromisos, a pesar de que lleva una vida modesta. Por eso, cuando un amigo le propone colaborar con un nuevo diario, *Santa Fe de Hoy*, por una retribución de ciento cincuenta pesos mensuales, acepta encantado... Si transcurre el primer día del mes sin recibir el giro, le telegrafía al amigo inquiriéndole noticias...»¹¹. Arlt le enviaba cada mes 40 pesos a su hija, y la misma suma a su esposa Carmen Antinucci y a su madre. Estos apremios explican que dedicara tiempo y energía a sus proyectos industriales, en los que veía una posibilidad de salvación económica.

Arlt había inventado un procedimiento para fabricar medias de mujer cuyo punto no se corre en la malla. Lo registró en 1934, renovó la patente el 12 de enero de 1942, y acompañó una memoria donde escribe las cinco fases del proceso de vulcanización de las medias. La atracción de Arlt hacia las ciencias se manifestaba en algunos de sus personajes: Silvio Astier, protagonista de *El juguete rabioso*, había inventado un cañón; Balder, en *El amor brujo*, era proyectista; Erdosain, en *Los siete locos*, había delineado el plano para una fábrica de fosgeno e inventado la rosa de cobre, una tintorería para perros y unos puños de camisa metalizados. «Inventar es para Arlt condición divina: inventando, el hombre se asemeja a Dios. Inventa sueños y sueña inventos» (Raúl Larra).

Para explotar el descubrimiento de las medias de mujer que no se corren, Arlt se asoció con el actor Pascual Nacaratti, creando una sociedad llamada «Arna». Mientras Nacaratti busca créditos, Arlt alquila un taller en Lanús en el cual se instalan algunos aparatos: un autoclave, un barómetro, una pierna de duraluminio¹². En Córdoba y Larrea, en una de las tantas pie-

¹⁰ Larra, Raúl: Roberto Arlt, el torturado, *Ediciones Ameghino, séptima edición, Buenos Aires, 1998*.

¹¹ Larra: ob. cit.

¹² González Lanuza: ob. cit.

zas de pensión que ocupó con Elizabeth, Arlt tenía un tubo de oxígeno y grandes cantidades de caucho, que compraba, para experimentar, en cuanto disponía de algún dinero. Un día lo visita Leónidas Barletta y encuentra todo el techo salpicado con caucho. –Fue un accidente. Estoy experimentando, ¿sabes? –se disculpa Roberto¹³.

Según Elizabeth, Pablo Mounier, la persona que le vendía el caucho, le aconsejaba que abandonara esa idea. «Pero nadie podía con él. Como escribía sus notas en veinte minutos, le sobraba tiempo para sus locuras y vagabundeos». Arlt había abandonado el proyecto de las medias por irrealizable, pero tornaba a aferrarse a él cuando estaba acosado por la falta de dinero. «Era una obsesión, una desesperación». Elizabeth le dijo a Francisco Urondo en 1969 que «las medias quedaban cubiertas por una malla gruesa, ¿qué mujer se va a poner eso, si parece piel de pescado? Pero él, por mi oposición a su proyecto, me consideraba una enemiga»¹⁴.

Cualquier motivo era bueno para que Elizabeth y Roberto pelearan. Por ejemplo: habían comprado un terreno en La Lucila, a pagar en cuotas. Arlt no sólo hacía infinitos planos para la futura e hipotética casa que iban a levantar, sino que, además, pensaba en quiénes iban a ser los invitados: él quería invitar a alguien, a ella no le gustaba y por eso ya se peleaban¹⁵.

Pero volvamos atrás, a aquel domingo de 1939 en que él se le declaró. «Me preguntó si me animaba a casarme con él, ya que estaba enfermo del corazón. Lo miré y eso (que estuviera enfermo) me pareció algo imposible de creer. Estaba generoso, jovial, activo. Lo mejor de él era su espontaneidad. Cuando debía volcarse en algo sabía hacerlo y se daba por entero, siempre a las risotadas». Según Elizabeth, los prometidos trámites de divorcio con Carmen los inició con un abogado de nombre Barberis. ¿Qué le decía sobre su relación con Carmen? «Hacía tiempo que sea había separado de su primera mujer, la pobre Carmen, que estaba muy enferma de tuberculosis en Córdoba. La relación matrimonial, según me dijo Roberto, había durado poco tiempo».

Roberto y Elizabeth se querían y, al mismo tiempo, se rechazaban. «Los dos éramos terriblemente celosos. Antes de que saliera para Chile, yo le aclaré que no tenía vocación de Penélope y él se puso furioso. En realidad había comenzado un pulóver, pero no tenía intención de terminarlo y empe-

¹³ Larra: ob. cit.

¹⁴ Urondo: ob. cit.

¹⁵ Arlt, *Mirta y Borré, Omar*: Para leer a Roberto Arlt, *Torres Agüero Editor, Buenos Aires, 1985*.

zar de nuevo... A veces él me pegaba en la calle, pero yo le devolvía. En el 41, antes de hacer un viaje a Campana, quiso hacer el amor pero no quise; entonces, se puso furioso y me dijo: 'En este viaje me voy a morir', y se fue... Cuando se fue a Chile, quería hacer un viaje largo, quería librarse de mí. Sufríamos mucho. Yo también hubiera querido encontrarme una provinciana, con uno de esos filtros que me hiciera olvidar de Roberto. Era un sufrimiento, pero también era una necesidad estar juntos. Era un amor a pesar de nosotros»¹⁶. Raúl Larra describe aquella relación como «tempestuosa, con grandes remansos de dicha y violencias de borrasca»¹⁷.

En algún momento de la década del treinta a Arlt le descubrieron una afección cardíaca. Se le prescribió un tratamiento que incluía ejercicios físicos. Junto a dos amigos, uno de ellos el escritor Córdova Iturburu, se inscribieron en la YMCA, en cuyo gimnasio practicaron deportes. Arlt retrató algunos personajes pintorescos que allí conoció en su aguafuerte *Motivos de la gimnasia sueca* y también en un cuento, *La clase de gimnasia*. Pero la decisión de cuidar su físico nunca fue muy sólida. Relata su amigo César Tiempo que Arlt «era un ciclotímico. Tan pronto se inscribía en la Young Men and se soñaba con triunfar en clamorosos campeonatos internacionales de boxeo o de natación, renunciaba al café y al cigarrillo (el café y el cigarrillo que terminaron por matarlo) y se sentaba tieso y recto como una columna, tan pronto... tomaba tantas o más tazas de café que las que le atribuyen a Balzac, fumaba como un murciélago y escribía alucinado, desmoronándose sobre la máquina, olvidando las prescripciones de su profesor de gimnasia, prescripciones que nos repetía, vocalizando estentóreamente, a sus amigos de la línea de cafés que, partiendo desde el *Tortoni* de la Avenida de Mayo, llegaba hasta el *Paulista* de Rivadavia y Rivera Indarte...»¹⁸.

Arlt no tomaba en serio sus síntomas, si bien, recuerda Elizabeth, algún sacrificio hacía, como abandonar los cigarrillos rubios que fumaba. Visita por segunda vez a un médico que tiene su consultorio en un noveno piso. «Doctor, le dice, los adelantos en su ciencia son muy relativos. Hice todo lo contrario de lo que usted me indicó; acabo de subir por la escalera y estoy lo más bien»¹⁹.

Uno de los médicos de Roberto, el doctor Blas Molina, le recetaba inyecciones que, finalmente, aparecieron en el cajón de su escritorio en el día-

¹⁶ *Urondo*: ob. cit.

¹⁷ *Larra*: ob. cit.

¹⁸ *Tiempo, César*: A un cuarto de siglo de la muerte de Roberto Arlt, *El Día, La Plata*, 9 de agosto de 1967.

¹⁹ *González Lanuza*: ob. cit.